

Negros contra Incas*

Juan José Vega

Un extenso libro se podría escribir en torno a los numerosos negros actuantes durante la conquista del Imperio de los Incas (1528-1541), dado que participaron decididamente en el proceso de sujeción de aquel Antiguo Perú.

Estos negros generalmente fueron esclavos, aún cuando no era raro que viniesen negros libres. Esclavos o libres, en la lucha contra los Incas actuaron como eficaces guerreros auxiliares, por su fuerza y por su talla. Pero también sirvieron como verdugos, como pregoneros, como remeros, como marineros, como arrieros, como capataces de cargueros indios, como correos. En fin aparecían en todo cuanto fue menester en las campañas de los conquistadores. En la retaguardia, empezaron a trabajar desde épocas muy tempranas como agricultores y artesanos, aparte de domésticos. Las no muy numerosas mujeres, en el servicio casero y en el de los campamentos.

Entre los negros y mulatos libres, los de mayor posición social resultaron los españoles de nacimiento que fueron conquistadores ellos mismos; no obstante, su presencia es mínima en este alto nivel. Sin embargo, conviene recordar que entre los 167 españoles que capturaron al Inca en la Cajamarca de 1532 hubo dos, Miguel Ruiz, mulato cruel con los indios, y Juan García, que era el pregonero de la hueste; ambos recibieron su parte en el rescate de Atahualpa, conforme lo probó James Lockhart. Luego vinieron al Perú varios más en este alto nivel. El más influyente fue el hermano del Virrey Blasco Núñez Vela, ilegítimo y mulato, el Vela Núñez de la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo. El más audaz sería el todavía anónimo jinete negro que actuó en el valle de Jauja contra Manco Inca; el que al lado de otro jinete aparece en los documentos huancas rescatados por Waldemar Espinoza. En estas páginas hemos dedicado unas líneas a este tipo de conquistador de origen africano al ocuparnos del capitán mulato Alonso de Mesa, vencedor en la decisiva batalla de las Salinas, donde fue jefe de artillería; hombre que destaca en las relaciones de la época, empezando por la de Pedro Pizarro. Pero todos estos casos de negros o de mulatos libres que son a la vez conquistadores son de excepción. Los miles de negros que fueron arrastrados a la empresa de conquistar el Imperio de los Incas vinieron en posición inferior, subordinada; eran esclavos en su enorme mayoría. Y ayudaron... a palos.

Paralelamente resulta oportuno precisar que el número de negros actuantes durante la Conquista ha sido bastante alto y –cosa que poco se sabe– a veces casi

* Prólogo de una obra inédita del autor en torno a la participación de negros y moriscos en la conquista del Imperio de los Incas.

se equipara al de españoles, a los cuales sobrepasaron en cantidad hacia 1550, lo cual querría decir que habrían llegado unos ocho mil, hasta aquel año. Estos negros procedían esencialmente de la costa occidental del África del sur de España. En pequeña escala vinieron de colonias del África y de posesiones españolas en América. En este último caso se trató en la invasión del Perú de negros caribeños y de Panamá.

De la presencia negra en el ciclo de la caída del Imperio de los Incas lo que más atrae al investigador es su posición ambivalente. Por un lado –como esclavos– se hallaban dominados por el amo español; pero a su vez éste los usaba para guerrear contra indios y también para explotarlos. Los indios jurídicamente eran libres, pero en la práctica su status venía a ser bastante inferior al de los negros esclavos, quienes se integraban en el grupo agresor y dominante; el que tales relaciones produjeran al margen de la voluntad de los negros no altera el fondo de las cosas puesto que es un hecho que los españoles enfrentaron a las dos razas subyugadas entre sí con el objeto de sojuzgarlas y aprovecharlas mejor. De otro lado, atemorizados los negros por el número de los indios y hallándose en tierras desconocidas, se consustanciaron con sus amos para defenderse mejor. Cuestión de instinto de supervivencia, claro está.

Por otra parte, los negros participaron intensamente de la cultura española desde un primer momento –por ejemplo con el idioma, técnicas diversas y religión– aún cuando conservando fuertes rezagos de sus anteriores culturas africanas. Muchos de esos negros, además, –como hemos remarcado–, eran ellos mismos españoles; y hasta de dos y tres generaciones, llevados por los invasores moros almorávides y almohades. Con tan larga presencia en España, sobre todo en Andalucía, habrían de contribuir a la difusión de varios usos ibéricos en las tierras del Perú. Muchos de ellos dominaban los secretos de la equitación y de la pólvora; casi todos tenían armas de hierro.

Los negros en la práctica gozaron de numerosos privilegios que no tenían los indios, salvo los caciques aliados de los españoles. Tal vez sea el caso peruano y el de varios lados de América los únicos en la historia en la cual los esclavos –curiosa contradicción entre clase y raza– ocuparon una posición relativamente dominante respecto al conjunto de la población aborigen. De hecho, en el Perú del siglo XVI se encontraron en situación hegemónica sobre la colectividad aborigen y tanto fue así que abundan leyes ordenanzas españolas de los cabildos tratando de frenar, en plena Conquista, los abusos de los negros contra los indios; disposiciones que resultaron escandalosamente desacatadas. Su mismo número haría desconfiar a los historiadores de la eficacia de estas normas proteccionistas, de no mediar infinidad de referencias que proporcionan datos directos. Verbigracia, el gran portavoz de la colectividad india agredida fue, sin duda, Guaman Poma. Pues bien, él cubre de agravios a los “negros criollos” en una veintena de oportunidades, porque agreden, roban y violan; aunque a veces diferencia y hasta defiende a los negros africanos. Lo cual demuestra que reparaba en

que era el sistema colonial, lo que los volvía agresivos en América.

La información sobre los negros en el inicio del Perú Colonial es abundante en crónicas y otros documentos del siglo XVI, pero escasean los escritos históricos. Un prejuicio aristocratizante ha impedido, seguramente, que lo negro peruano se estudie con el énfasis que se merece, tanto en aquel período como en el resto de la Historia del Perú, cuando su historia pasa a ser notable (artistas, héroes, médicos, toreros, pintores, músicos y hasta un santo). Así mismo, otro prejuicio opuesto (¿revolucionario?) ha querido ver en el negro sólo al hombre de abajo, la clase oprimida, sin apreciar integralmente la compleja sociedad peruana. Hubo ya un empresario, un negro libre desde luego, que trabajaba con diez esclavos de su raza en los mediados del siglo XVI. Freguenal se apellidaba y su rubro era la construcción.

Quizás a raíz de este prejuicio no son muchos los esfuerzos dedicados al estudio del negro en la formación del Perú Moderno. Pese al decisivo aporte de los afroperuanos en la plasmación de la conciencia y cultura criollas, sólo existe un puñado de valiosos trabajos. En tiempo reciente se han efectuado algunas nuevas y relevantes investigaciones, que cubren parcialmente lo negro en la etapa de formación del Perú Colonial. Cabe mencionar principalmente a los peruanos Fernando Romero, Nicomedes Santa Cruz y Germán Peralta; a los norteamericanos F. Bowser y James Lockhart y a los franceses Denys Cuche y Jean Pierre Tardieu, estos últimos en parte, porque sus trabajos se orientan más bien a otras épocas, las que son cubiertas por algunas decenas de investigadores más.

Casi todos los estudios han pasado por alto la acción del negro en la Conquista propiamente dicha, esto es, en los campos de batalla, así como su ayuda en las variadas operaciones colaterales (mercantiles, administrativas, políticas, marinas, etc.) todo aquel ciclo bélico (1532-1544) enfrentó no sólo a los Incas contra los españoles, sino por igual, tal vez con mayor fiereza, a los Incas contra los negros, equipados estos últimos pobremente, pero a la usanza ibérica. Vale decir con hierros y caballos.

Estas palabras pasarán revista en apretado orden cronológico a episodios sangrientos que enfrentaron a indios y negros durante la Conquista. Desde aquel que tiene por protagonista al gigantesco esclavo que salvó la vida a Almagro cuando huían todos los españoles al ver postrado en el suelo a su caudillo, hasta los cimarrones a los cuales habría de combatir Paullo Inca, el belicoso príncipe incaico proespañol. Pasando por aquel que fue uno de los tres foráneos que por vez primera, en 1528, pisaron territorio incaico (los otros dos fueron un español y un griego). Contemplaremos así a los esclavos negros actuantes en la celada de Cajamarca y en el saqueo; al negro que alcanzó tanta confianza que llevó a lomo de indios cargueros la mayor parte de los tesoros del Cuzco para el rescate; a los negros caídos frente a Cahuide en Sacsahuamán; a los defensores de la Iglesia del Cuzco, a los que se refiere la crónica de Titu Cusi Yupanqui; a los vencidos en las batallas de Ollantaytambo, Pillco, Chullcomayo y Huaytará; al negro intrépido

de Angoyacu: a los negros caídos batallando en Parcos y Pampas frente a Quisu Yupanqui, el mejor General de Manco Inca; a los negros que combatieron contra huestes de Manco Inca en Lima y Jauja; marcadamente a la fuerza comandada por el español Hernán González; en fin, a una larga serie de personajes negros, casi todos anónimos, más no por ello menos audaces que los propios conquistadores españoles, que tanto los apreciaban en esos años difíciles, en los cuales la vida se jugaba casi a diario. Naturalmente, la sangre negra también tiñó abundantemente el suelo del Antiguo Perú con motivo de las guerras entre los españoles, desde 1537 hasta 1544. Cuando el alzamiento de Francisco Hernández Giron (1554) llegó a armarse un batallón de ochocientos negros, con sus propios oficiales. “Y los pobres se saciarán” fue el lema de este movimiento.

En estas antologías de episodios bélicos protagonizados por negros hemos utilizado exclusivamente crónicas, cartas y otros documentos del siglo XVI. El rigorismo de recoger únicamente a los testigos y actores de los hechos narrados parece conveniente, por lo nuevo del tema y las lógicas dudas que podrían suscitarse en torno a la vital acción negra en la guerra española contra el Imperio de los Incas.-

Naturalmente, los negros no estuvieron presentes sólo en los episodios aquí recogidos; se hallaron en todos lados, virtualmente en todas las batallas, descubrimientos, entradas, exploraciones y fundaciones de ciudades. Pero –cosas de la época– los documentos rara vez los mencionan. Son esas raras veces las que aquí se ha tomado para muestra rotunda del conjunto social de los negros en la caída de los Incas, a fin de sacar el ovillo por esos hilos dispersos, puesto que el negro fue tan segregado de los documentos e informes españoles, como lo fue el indio aliado, el indio amigo, sin el cual tampoco habría sido posible la derrota de las huestes incásicas.

Otros factores sociales remarcables en aquel tiempo –pero no caben en esta selección– han sido las tendencias notorias a un mutuo acercamiento entre españoles y negros; la vasta poligamia de los negros con las indias; un surgente mulataje, producto de las relaciones entre los españoles y negras libres y esclavas; y la corriente a manumitir esclavos, algunos de los cuales compraron su libertad con el fruto de los saqueos a los príncipes incaicos y, ya libres, incluso enriquecieron y hasta tuvieron, ellos mismos, esclavos negros en condiciones oprobiosas.

En zonas “pacificadas”, tras la matanza de indios rebeldes, surgieron pugnas entre españoles y negros. Hubo feroces insurgencias de esclavos cimarrones a mediados del siglo XVI. Gonzalo Pizarro, por ejemplo tuvo que hacer frente a un verdadero levantamiento en los alrededores de la capital. El Alcalde de Lima murió en la campaña punitiva. Pero esta etapa no duró mucho ni forma parte, cronológicamente, de nuestro estudio actual.

Tampoco se analizará acá el rico material existente sobre la participación de cientos de negros en cada bando de otras guerras civiles españolas, entremezcladas con los sucesos de la rebelión de Manco Inca.

Esta antología de crónicas, cartas y otros documentos españoles e indios se refieren –lo reiteramos– sólo a la etapa dolorosa de la caída del Incario, durante la cual el negro fue un conquistador forzado; un “conquistador a palos”, si nos valemos para el caso de un famoso título de Moliere.

Conquistadores forzados que, de todos modos, imposibilitados de retornar a sus patrias africanas, habrían de quedarse en nuestras tierras para siempre, contribuyendo con su sangre y con sus riquísimas culturas africanas y al afrohispanica a la forja de la peruanidad nueva.

Más tarde ambas colectividades explotadas –negros e indios– habrían de acercarse un tanto, para una lucha común contra el sector dominante. como ocurrirá bajo el indio Chichima, que por un tiempo acaudilló una rebelión en la selva contando con el apoyo de los negros.

En todo caso, la primera muestra de esa identificación la tendríamos quizás en “las mulatas y muchas negras y moriscas” que Manco Inca poseía en su serrallo de Vitcos (¿Machu Picchu?) hasta mediados de 1538. pero de todos modos, en la anónima negra esclava quien, en los finales de 1544, advirtió a Manco Inca que los mismos españoles a quienes había concedido asilo proyectaban asesinarlo, como lo cuenta la relación de Juan de Betanzos, aparecida hace pocos años. Pero el monarca quechua no le creyó y fue victimado a los pocos días. La historia del Perú pudo haber sido algo diferente de haber hecho caso a tal advertencia aquel gran héroe y monarca indígena.